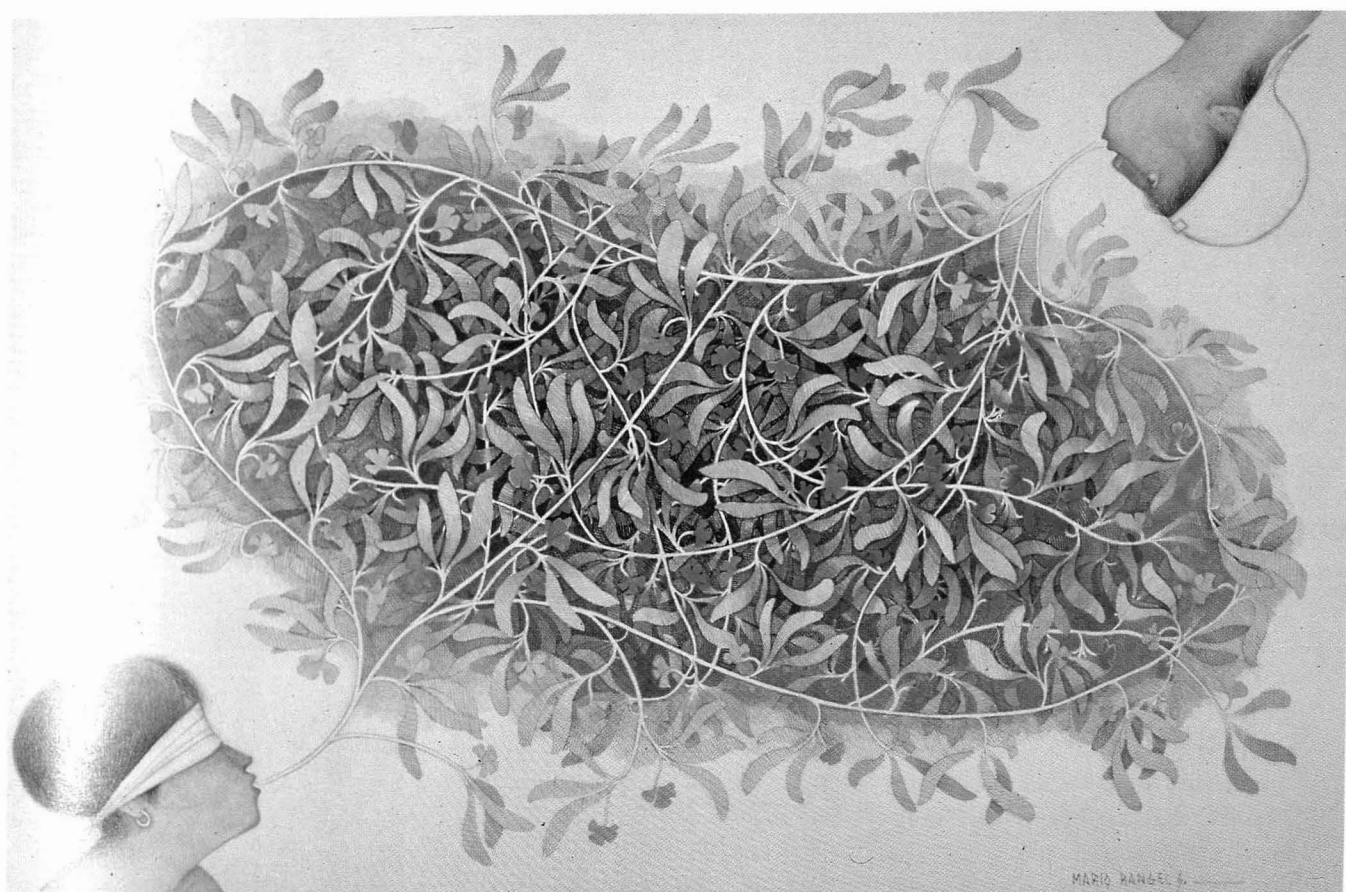


Bocas y demás geografías del beso



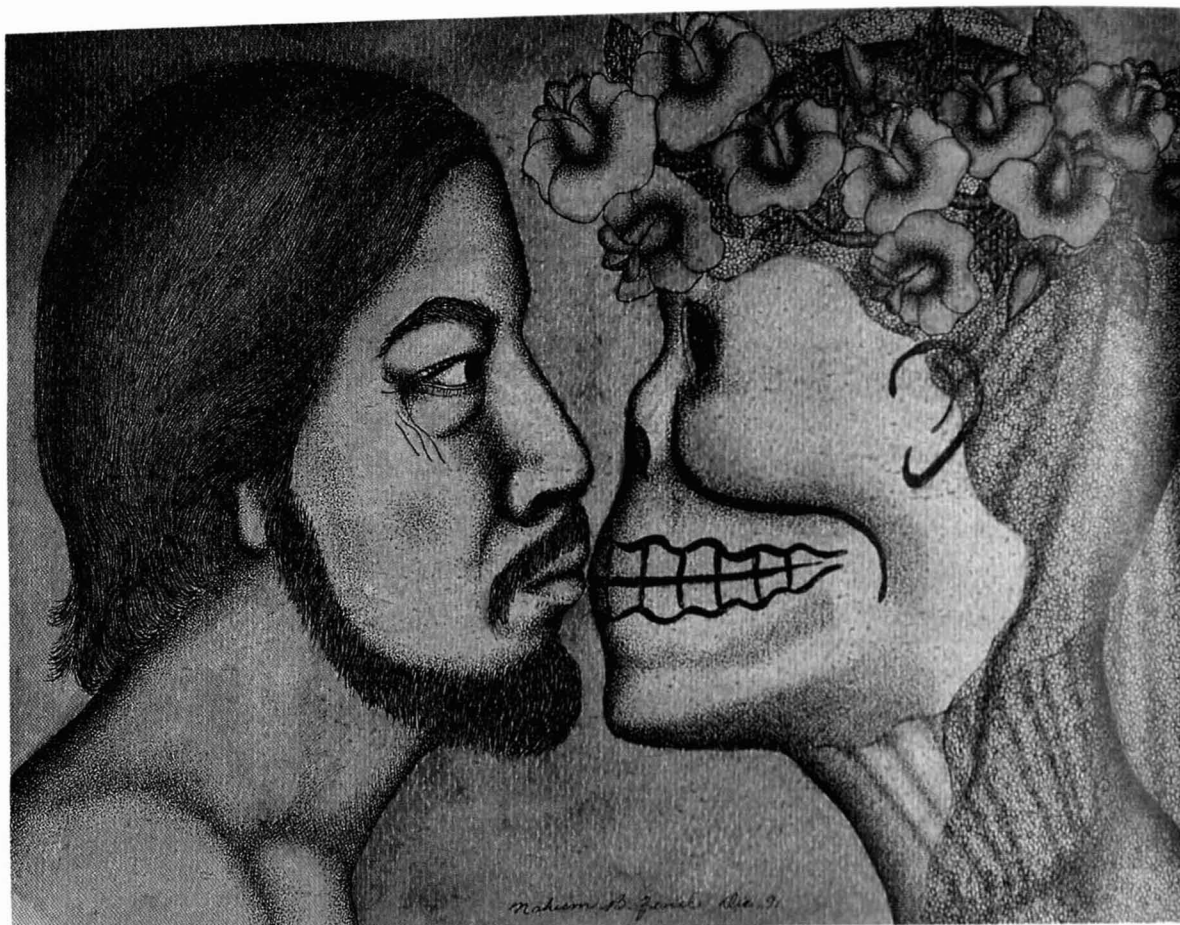
ANDRÉS DE LUNA



Mario Rangel,
El beso,
1966,
acuarela/papel,
46 x 61 cm

I

El beso forma parte de los hechos que conforman la intimidad. Somos parte del otro en la medida en que nos involucramos con sus aspectos emocionales, unos dirían con el alma, y con un cuerpo que pierde sus recelos y se abre a las caricias del otro. El mejor de los prólogos es el beso, indicación explícita que ya es avance en la selva amorosa. Al principio es el roce de los labios, la tibieza de un aliento que nos toca, para que de pronto aparezca el beso profundo, “francés” añadirían los entendidos, que incluye el uso de la lengua, que recorre la cavidad bucal y parece abismarse en un itinerario sin fronteras. Éste es uno de los momentos capitales de la vida humana por lo que significa este contacto afectivo, exaltación amorosa, que rinde homenaje mutuo a los poderes del imaginario. El tiempo se hace relativo, los ojos están cerrados y los detalles se perciben con las sanas exageraciones del deseo. De ahí que en la literatura, la poesía, la pintura, la fotografía, el cine y en todas las artes hay un interesado en celebrar los pormenores del beso.



Nahum B. Zenil,
El beso,
1991,
técnica
mixta/papel,
23 x 30 cm

II

William Cane en el libro y manual *El arte de besar* escribió que

el beso atrae a casi todos en la cultura occidental; sin embargo, muy pocos investigadores han intentado averiguar qué es lo que le gusta a la gente del acto en sí... Es un hecho incontrovertible que los animales también se besan. Cuando la antropóloga Jane Goodall estudió a los chimpancés del Parque Nacional Gombe, en Tanzania, en África, descubrió que besaban por diversas razones y en situaciones diferentes. Algunos lo hacían en un gesto de sumisión. También cuando saludaban a congéneres que conocían, o por lo que llamaríamos motivos románticos, por ejemplo cuando se desarrollaba una relación. Si los comparamos, los besos de los chimpancés son probablemente los que más se asemejan a los de los humanos, aunque hay muchas especies que también se besan, incluyendo a los caballos durante el cortejo, los perros mientras juegan, y aun algunos peces.



Gilberto Aceves
Navarro,
El beso,
1996,
acrílico/papel,
28 x 22 cm

III

El beso también es dibujo en los cuerpos, al menos en el imaginario poético de la sueca María Wine en "Recuerdas":

Recuerdas
cuando por última vez
reflejaste sin pudor en el espejo tu desnudez
tu desnudez abierta como un paisaje lunar
donde tu mirada nunca pudo extraviarse
y recuerdas
la mancha de sangre en tu sábana
como gavián sobre el día
había descendido la noche
con oscuridad intangible
y tus pechos
que habían sido besos rojos
crecían como animalillos vivos
y querían abrirse paso...

IV

En el beso son fundamentales las geografías del cuerpo. Raymond Jean (1925) en *La lectora* (1986) recrea las emociones del acto amoroso:

Nunik Sauret,
De la rotación,
1996,
gouache y
acuarela/papel,
34 x 45 cm

Su cabeza se precipita sobre mi vientre y lo besa, lo lame, literalmente, con una violencia inaudita, en torno al ombligo (cuyo descentramiento no parece haber notado, o en cualquier caso no ha frenado su ímpetu), después des-
ciende loca, vertiginosamente hacia mi sexo, hunde el rostro entre mis muslos que yo abro tanto como puedo. Len-

tamente me envuelve la embriaguez, alcanza la cintura, pronto va a llegar aún más arriba, a golpear, a romper como una ola en el cuello, la nuca, el cerebro.

En otra escena, la protagonista vuelve a la carga con el empresario Michel Dau-trand. Amor adúltero, pasiones despiertas en medio de la negligencia conyugal de un marido carente de imaginación, el de Marie Constance es el triunfo de un eros robustecido por el eros de la voz y la presencia. La mujer dirá al referirse a su amante:



Puede leer él mismo, si lo prefiere. Lo esencial es que perfecciones esa educación que tanto pretendía necesitar en su vida social. Así cumpliré mi contrato y mis penas de amor estarán pagadas. Aunque, en mi caso, son alegrías de amor. Él parece comprenderlo, lo acepta. Cada vez que quiere algo de mí, tiene que leer primero. Por ejemplo, ahora tiene que entregarse al extravío de besarme las nalgas con un frenesí casi caníbal. Le ordeno que apoye un libro en ellas, como en un pupitre, y que lea en voz alta durante unos minutos. Yo estoy tendida boca abajo, desnuda, en la alfombra del salón, junto al fuego encendido de la chimenea. El libro está donde ya he dicho, Michel está tumbado con los brazos cruzados sobre mis muslos, con el mentón alzado y la nuca erguida, y lee con aplicación.

V

Ahora bien, en el terreno de las definiciones valdría la pena mencionar textos como *Léxico sucinto del erotismo*, que mucho le debe a los surrealistas que sobrevivieron a las contingencias de la posguerra. Así, Jean Claude Silbermann encuentra que el beso es "la aplicación de los labios sobre el cuerpo de ser amado con el fin de una ligera succión. El beso dado y aceptado en la boca permite el juego acariciador de las lenguas. Los ojos se cierran para no distraer al sentido del tacto que se pavonea secretamente". El argentino Antonio Tello en *Gran diccionario erótico*, encontrará que

para el adolescente es una anticipación físicamente sugestiva del coito, ya que es fácil pasar del beso amoroso en la boca a otras caricias más íntimas y, consecuentemente, al beso en otras partes del cuerpo... Pero mucho antes que Inocencio III prohibiera el beso de la paz cristiana, la Orden del Temple, fundada en Jerusalén hacia 1188, tenía al beso expresamente prohibido por su evidente erotismo. No obstante, parece ser que con el tiempo se dedicaron a su práctica de un modo *non sancto*, pues al "entrar en esta milicia, tienes que entregarte en cuerpo entero a tus hermanos; hazte besar el ano".

Por otro lado, Martin Goldstein y Will McBride en *Léxico de la sexualidad*, anota que

la excitación erótica del beso se produce porque existe un contacto directo piel con piel, y porque la boca constituye en sí misma una zona erógena del cuerpo y es especialmente íntima, por cuanto la mucosa es más sensible que la piel normal. El roce de la lengua, con intervención de los sen-

Mary Stuart,
El beso,
1996,
óleo/tela,
65 x 65 cm





Germán Venegas,
Beso en
Nueva York,
1996,
temple/tabla,
60 x 45 cm

inaceptable aún en la era renacentista; se consideraba de mal gusto que un detalle de esa índole quedara plasmado en un cuadro de evocaciones mitológicas.

Robertson Davies (1913-1995) hizo una de las mejores interpretaciones del *Venus y Cupido* de Bronzino en la *Trilogía de Stepford*. El novelista canadiense propone una lectura erudita de las ideas de Walter Pater, Herbert Read y J. A. Symonds para exaltar las figuras de un cuadro sin par.

VII

El beso es un imperativo. Tierra prometida y a veces alcanzada, la boca y las zonas erógenas son fuego para las imaginaciones. Incitan al deseo y son las torres que nos permiten elevarnos por encima de la cotidianidad. Aunque también existen los besos que se dan a los hijos en las mejillas o en la frente; demostraciones de un amor que carece de ambigüedades, que crece sin más como el trigo y los maizales; que nunca deja de fluir y se convierte en religión filial, en algo que jamás llega a la costumbre o al tedio, porque ha nacido de la ventura y ésta se renueva al paso de los años. Sin embargo, cuando un hijo llega a la adolescencia las demostraciones de afecto parecen ocultarse y disminuirse hasta un punto extremo. Nada de arrumacos y caricias, el beso es simple saludo y despedida. Señales intermitentes de una separación necesaria que indica la llegada de la pubertad. Ahora los besos serán del hijo para sus compañeros en el aprendizaje del amor, en la educación sentimental que todos necesitamos.

tidos del tacto, el gusto y el olfato, actúa de modo más intenso que los contactos establecidos a través de los otros sentidos, como la vista y el oído.

VI

Cuando se habla del beso pictórico debe recurrirse al cuadro *Venus y Cupido* de Agnolo Bronzino (1503-1572). En esta obra aparece el triunfo de Venus, quien lleva la manzana de oro, símbolo de su victoria en el juicio de París. En este personaje femenino reconocemos la belleza suprema; Cupido tiene una postura extraña: su cuerpo mantiene un fatigoso equilibrio; esto hace que su trasero, un tanto femenino, muestre sus redondeces. Su abrazo a Venus admite que tome un pecho de la diosa y, con indudable conocimiento de las acciones, acaricie el pezón entre sus dedos. Por otra parte, Venus, excitada, saca la lengua y se dispone a besar a quien la toma de ese modo. La mirada, la languidez del cuerpo y la perfección de las formas admite que la diosa se encuentra dispuesta al encuentro amoroso. Un angelillo, un *putto*, está a punto de arrojar las rosas a la pareja, con el objeto de celebrar el idilio. Cupido recarga su rodilla sobre un cojín de seda roja, mientras que Venus aparece acomodada en un lienzo morado. El erotismo del cuadro debió atenuarse en su época, pues algunas adiciones censuraron aquello que era obvio. Fue gracias a la restauración que hiciera la National Gallery de Londres en 1958 que se pudo ver la lengua de Venus. El detalle era



VIII

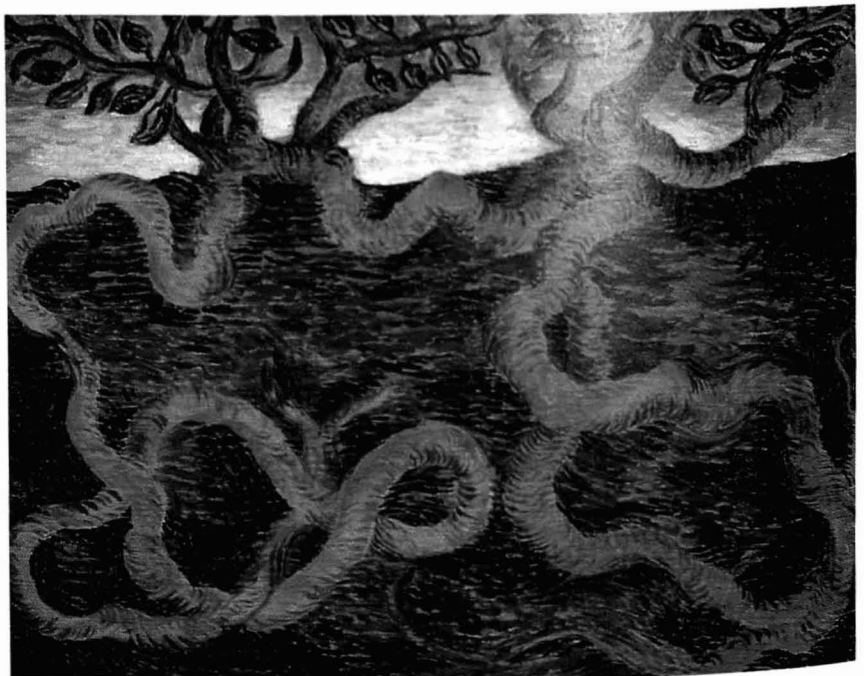
Se cuenta que en la Roma de los Césares fue práctica usual la de untar miel en el glande de los púberes amantes o gitones. Creían los ciudadanos de Lacio, Liguria y todas las demás regiones que besar la fina piel de la punta del miembro masculino era un poderoso afrodisíaco, una medicina para hombres maduros cuya virilidad comenzaba a declinar en el ocaso de los años e incluso en la cresta de la juventud. El beso debía ser largo, prolongado y con succiones que iban de la suavidad y el vaivén de un mar en calma a la aceleración de la tempestad.

Luis Nishizawa,
El beso,
1996,
tinta/papel,
24 x 43 cm

Georgina Quintana,
El beso,
1996,
óleo/madera,
21 x 28 cm

IX

El ósculo en la mano del cura puede ser, cuando más, una imagen pueblerina. Soberbios, faltos de fe y con carencias indiscutibles, los sacerdotes pasan de largo sin detenerse en los asuntos del espíritu; son los convidados del vacío, las aves negras de un mundo en crisis; en realidad son seres inútiles, falsarios que ignoran su credo y que se complacen en el regaño fácil y en la estupidez de su negligencia. Beso solemne el que se da al cura; beso de las beatas y de los chamacos que fruncen la nariz ante los sudores y hedores de estos hombres de sotana. Por favor, la próxima vez que observe a un sacerdote que extiende la mano para recibir el beso, lo mejor será llevar en la bolsa un hurón y adiestrarlo para que hinque los dientes en estos representantes de la peor ralea surgida en los muchos siglos desde el advenimiento del catolicismo.



X

El beso es el beso. En la película *What* de Polansky ocurre una escena inolvidable: se escucha una de las sonatas para piano de Mozart. La música llena la pantalla con sus sonidos acelerados. De pronto, la actriz Sidney Rome sale de su embeleso, algo la turba. Debajo del piano está un hombre con rostro feliz, que retira un vello

público de su boca. El beso se ha convertido en desliz, en propósito clandestino que se roba a una mujer desnuda que sólo lleva una camisa varonil por única vestimenta. Éste es el beso del *cunnilingus*, hurto inusual a menos que sea violatorio, sin embargo aquí se entiende como parte de las aventuras de una joven que llega a una residencia enloquecida.

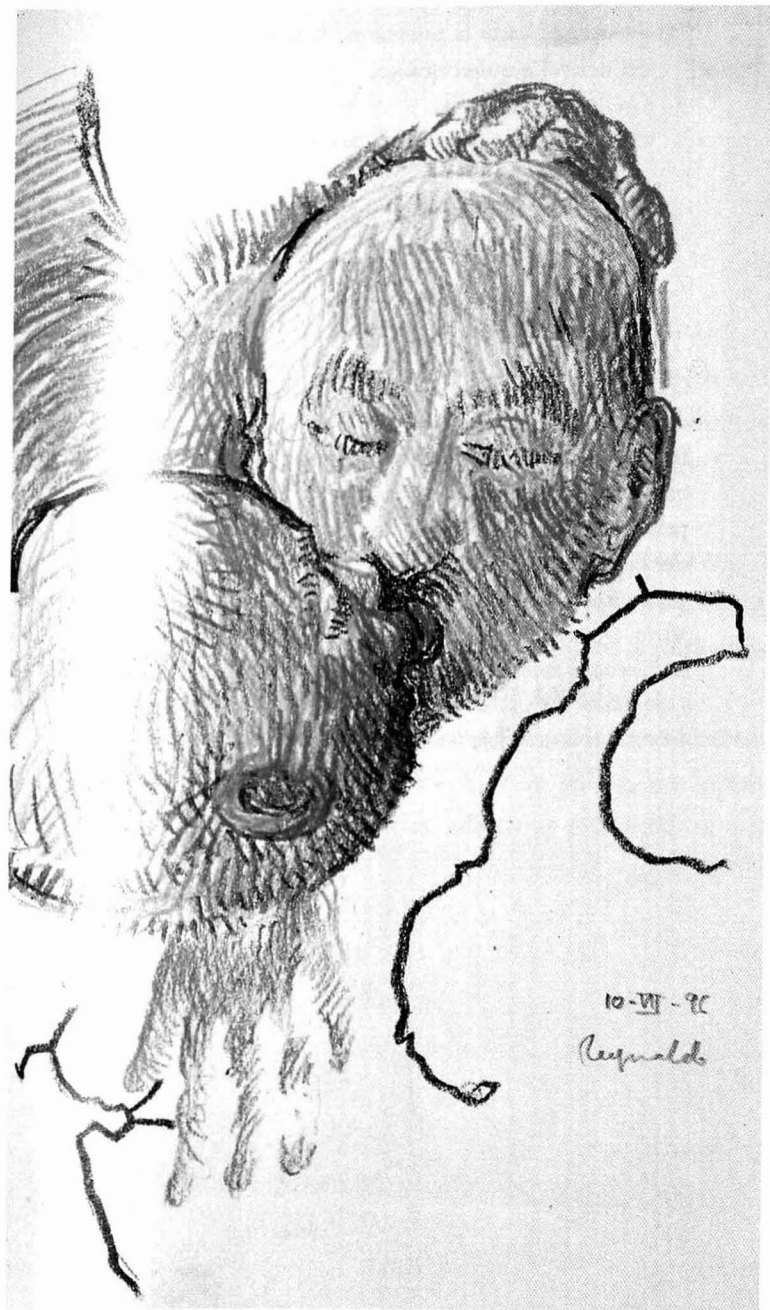
XI

Para el beso nada es peor que una lengua hosca, pesada y brusca que se mueve con la velocidad de un lagarto de Gila. Entonces el beso pierde sus poderes de seducción, se hace demasiado real y la saliva molesta como el agua en un naufragio. En esos casos lo mejor es olvidarse del asunto y recobrar los poderes de la memoria; un beso suave, de lengua ligera, es una entrada al paraíso que uno puede incluso fechar en el Desierto de los Leones, una tarde de domingo; o que puede recobrar en los atardeceres de Estambul frente al Cuerno de Oro y la imagen de las mezquitas con sus minaretes. El hecho es que los besos tienen que poseer un elemento que nos arroje de inmediato, que nos haga consumirnos en el fuego de esa caricia excepcional. Claro está que la diversidad de proposiciones puede convertirse en un aliciente para la búsqueda del eros. Pero, sin tratar de establecer una memoria de la lengua, es fácil ubicar cuáles han sido los besos que mejores experiencias y sensaciones nos han dado. Esto sin contar con los ósculos recibidos en la infancia; los primeros besos o aquellos que forman parte del archivo memorioso y que se remontan a las excursiones a Teotihuacan, donde una maestra en medio de la oscuridad practicaba el beso rápido y cadencioso con aquellos que estaban cerca de ella. El problema es que eran sólo besos y nunca admitía nada que subiera el tono

XII

de los inocentes juegos de la adolescencia que terminan con una tumescencia en la parte media del cuerpo, hinchazón que pronto será escape por medio de prácticas solitarias.

El beso es un delirio que han cantado los poetas y que se ha convertido en serie fotográfica de Robert Doisneau. También ha sido habitual que debajo de los puentes los amantes se besen con singular ahínco. El Bosque de Chapultepec, a la altura del lago, ha dado una infinidad de besantes que pasan el rato sin detenerse a pensar en crisis monetarias y demás pormenores de un país marchito.



Reynaldo Velázquez,
El beso,
1996,
crayola/papel,
28.5 x 17 cm

XIII

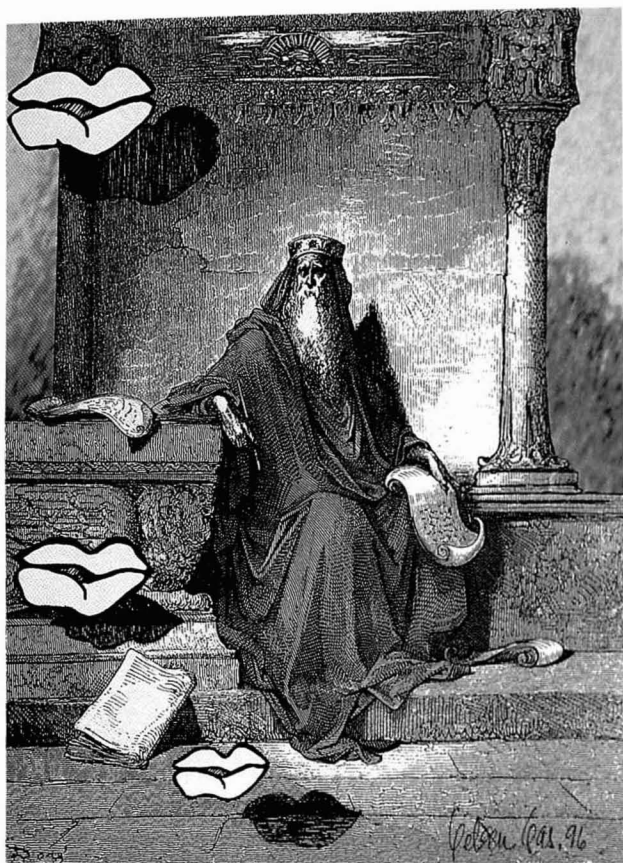
En "Mi amor, el del cabello ensortijado", poema irlandés anónimo se lee:

Si oro tuviese, haría
una linda vereda
que, recta, hasta la puerta me llevase
del doncel a quien quiero.
Creí que escucharía
el rumor de su paso en el camino,
y, aguardando su beso,
ni un minuto estas noches he dormido.

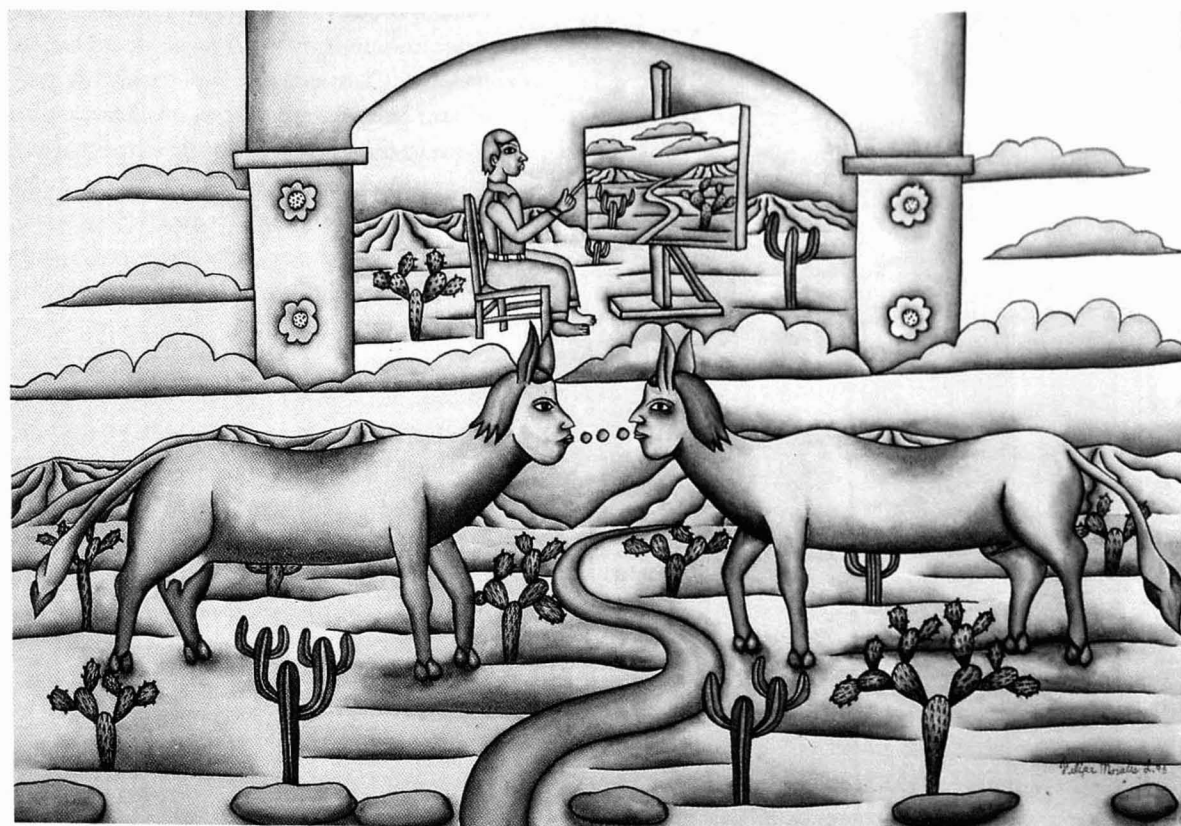
XIV

Los besos bajo el mar tienen el efecto de la vida, desconciertan y solicitan una técnica depurada. Bocas húmedas en medio de las aguas, resonancia que aleja las olas y a sus habitantes. El beso marino parece una escollera, dique contra las dispersiones del mundo. Poco después, cuando los amantes separan sus labios, la sal en la lengua es un recordatorio, un tanto brusco, de que los placeres son intermitentes, mientras que lo real nos acecha de día y de noche con el sabor salobre de sus horas sitias,

das. Nada le hace, un beso dulcifica los ánimos y nos invita a continuar el largo viaje hacia un deseo que, también, a cada instante nos renueva. ♦



Gelsen Gas, *La leyenda del beso*, 1996, monotipo con base en un grabado de Gustave Doré, 28 x 21.5 cm



Felipe Morales,
El beso,
1996,
acuarela/papel,
38.5 x 56.5 cm